

Elecciones universitarias. Las mismas voces, las mismas balas, un mismo espíritu

Dr. Ariel Rodríguez Quereilhac

"Esta bala es antigua"
Jorge L. Borges

" ¡Altivez del hombre en marcha bajo su carga de eternidad! Altivez del hombre en marcha bajo su carga de humanidad —cuando para él se abre un nuevo humanismo—, de universalidad real y de integridad psíquica...
... No hay nada pítico en esta poesía... Negándose a disociar el arte de la vida, y el amor del conocimiento, es acción, es pasión, es poder y renovación que siempre desplaza los lindes. El amor es su hogar, la insumisión su ley, y su lugar está siempre en la anticipación. Nunca quiere ser ausencia ni rechazo".

Saint-John Perse
(Discurso de recepción del Premio Nobel, 1960)

En 1960, un grupo de jovencitos que llevaban vinchas blancas para identificarse, revólveres en mano asaltaban a balazos la Universidad.

Alentados y apoyados por una campaña de calumnias y mentiras, donde el diario "El País" oficiaba de megáfono principal, uno de sus dueños —senador de triste memoria— era también uno de sus guías espirituales. Otros, como se sustanció después en el sumario, lo eran Hitler y Gobbels, cuyas obras leían.

Iban a rescatar la Universidad de las garras del marxismo y la intolerancia; iban a rescatarla para la democracia y el pluralismo.

En 1961, al fin de una conferencia de Ernesto "Che" Guevara en el Paraninfo, se oficia una provocación, se origina un tumulto y otra bala, mata al profesor Arbelio Ramírez. La universidad de la intolerancia y el dogmatismo es la culpable por haber cedido sus locales para el acto.

En 1968, el pachecato sitia y allana la Universidad. Las facultades de Medicina, de Agronomía, de Arquitectura, son asaltadas.

A las voces de la prepotencia y el desprecio no les alcanzaba con ver a la Universidad como el centro de la intolerancia y el dogmatismo.

Moneda gastada —falsa moneda— ahora pasará a ser el "sostén y la promotora de la sedición", y sus edificios, "el refugio de secuestrados y cárceles del pueblo".

Las metralletas y las botas, piso a piso, recorren el Hospital de Clínicas: las cárceles no existen, los secuestrados no aparecen. Solo puertas de emergencia abarrotadas de enfermos, salas llenas, laboratorios despoblados. Sí había, pero de ello no se dejó constancia, carencias de personal, falta de

medicamentos esenciales. Las únicas armas, las que ellos portaban.

Las pruebas no aparecían pero el plan estaba predeterminado: la Universidad o apoyaba al gobierno o se cerraba. Se pide al parlamento la destitución de las autoridades universitarias. Y es entonces que otra bala —antigua bala— mata a Líber Arce, primero de otros tantos asesinatos de jóvenes insumisos que, por “acrecentar, difundir y defender la cultura, los principios de justicia, libertad y democracia” ante un gobierno autoritario, dieron lo único que poseían: sus vidas.

Después de doce años de dictadura, en este 1987, ante un acto eleccionario para renovación de los claustros y delegación estudiantil a los consejos, acto que desde 1958 la Universidad, con la medida trascendencia, ha vivido como suyo, otra vez las voces de siempre, las mismas voces, echan a vuelo las campanas de la difamación y la calumnia.

Desde costosas —y meditadas— campañas publicitarias, pretenden confundir “gremio” con sectarismo y dogmatismo y “partido” con lo plural y democrático. Se intenta transformar la elección en un acto político-partidario, se abren “clubes electorales” cercanos a la Universidad y, parafraseando a los claustristas de 1934, la “Universidad pasa a ser hija de los intereses políticos y no madre de los mismos”.

Las mismas voces, ahora con el ropaje de nuevos senadores, con todo el poder que les dan sus medios de comunicación, vuelven a los agravios y mentiras: se acusa a la Universidad de expulsar a cientos de docentes “por no ser adictos a su política”; de hacer desaparecer “selectivamente” casi 9000 estudiantes del padrón electoral de una de sus facultades.

Se manchan conductas, se daña moralmente a una institución y los que se dicen paladines del

liberalismo, niegan a la Universidad el derecho de respuesta en sus propios diarios.

En 1973, la dictadura incipiente estableció el voto obligatorio en las elecciones universitarias. Pensaba imponer así —con civiles maneras que no usaba en las calles— y con el concurso de supuestas mayorías silenciosas, su proyecto de Universidad silenciada.

A pesar de las botas cercanas, a pesar del terror que pretendieron infundir, sufrieron la derrota.

Hoy quisieron llamar nuevamente a esas silenciosas y “silenciadas mayorías”, apelando a una Universidad apolítica y sobre todo “moderna”, nuevas denominaciones para viejos anhelos: la creación de una Universidad colonizada y acrítica, formadora de hombres-robots, futuros tecnócratas para la exportación.

No comprendieron y no comprenden: suponer una Universidad quieta, que no luche por los principios de justicia y libertad, no inserta en su realidad, no denunciadora del asesinato o la tortura, es suponer una Universidad que reniegue unir el conocimiento con la vida, la ciencia con el amor a la justicia. Es suponer una Universidad embalsamada. Es desconocer la historia y la tradición de la Universidad uruguaya y latinoamericana.

Y por eso, como en 1960, 1968 y 1973, esas voces hoy fueron derrotadas; porque sus órdenes han sido fieles a su viejo espíritu: la lucha permanente por el hombre indiviso.